

658993
La Tercera, Stgo, 11 marzo 1977, p. 3.

Aquí escribe Don Balta Para ser leído en las constelaciones



De haberla sobrevivido Neruda, querido Homero, nuestro buen amigo hubiera comentado contigo, cariñoso y risueño, que te habías ido comiendo, sin destillear, hasta la más distante estrella de la última de las constelaciones. Tú lo habrías celebrado con esa alegría tan inmediata, sana, pero sin excesos, que afloraba a tus ojos negros, surtidors de pimienta oscura en los valles de la piel, y que compartían el jolgorio de nosotros cuando estábamos de bromas, muchas de las veces a costa tuya, otras en desmedro de poetas, poétisas y, sobre todo, de políticos tradicionales, incluidos los de acuerdo con arrestos de caudillos. ¿Recuerdas? una mañana entera nos reímos con la noticia de tu victoria en una carrera de tres mil metros. Se trataba de que en la primera plana de los diarios se leía: "Homero Arce gana el título de los tres mil metros planos". El asunto te hizo reír y te tornó más alegre que antes porque ahora restallaba en ti el orgullo del niño, de tu mismo nombre, que había conquistado laurelos en las pistas deportivas.

El que Neruda te haya precedido significa, por desgracia, que el vale patallino nos privó de la tremenda belleza de su lamento al despedirte. ¿No lo hizo con Rojas Jiménez?, ¿con García Lorca?, ¿con Rubén Alcázar? Tú anduviste en sus zancadas, compartiste el vino y la poesía de la juventud, y, por si fuese poco, decidiste enmudecer literariamente como homenaje a la profundidad y proyección del canto que trajo aquel desgarrado rector de las lluvias sureñas.

La vida de Neruda, desde la distancia o la vecindad, también rezaba tus francos. Los amigos de ambos — tuyos y de Pablo — íbamos un día a Isla Negra a anegar tu nombre a los que Neruda escribió en los maderos que tocaban a los misioneros de prosa en la residencia marina.

Yo no te conocí en la romántica madrugada de Rosamel del Valle o de Vicente Huidobro. Mi infancia y mi adolescencia transcurrieron en la siesa de la provincia, a la que tú visitas como administrador de Correos y Telégrafos. Tenías el andar liviano; vestías rigurosamente azulado; los fones prolijamente aplanchados. Laurita, la suave Laurita, usaba tu pedagogía profesional para revisar tu vestimenta cada mañana, al salir. Hasta en el brillo de tus zapatos espejaba la firma de tu compañera.

¿Cómo hacías para disimular al poeta? El inócuo te solicitaba suzones en caseríos agrarios; el alcalde te hablaba de poetas telegráficos en las poblaciones; el prefecto de policía galoneaba de carraesperas para dilucidar cuestionarios del servicio. Tú te adaptabas al lenguaje de ellos. Confeccionabas con parecidas palabras, casi imitando el metal de voz, talves los dedos en las bolsillos del chaleco.

Pudo haber sido un descanso la invitación del presidente de la Asamblea Radical a visitar, cada crepúsculo, el club de su tienda política para echar un trago al general. La casa de los Matte y los Gello — estaba ubicada a media cuadra de tu oficina y más parecía la casa de los moños

y los pepinillos al vinagre, los que, por supuesto, no serían motivo de atracción para ti — nada rompería tu inextinguible comortamiento — pero, por lo menos, darían combustible a la charra, encenderían escondidos silencios. Irizarían perevedades y melindres locales.

Por el tiempo en que te encontré de nuevo — eras jefe de Correos en Antofagasta y tu casa habitación, en los pisos superiores de la sede, más parecía un barco amarrado a la boyra que el hogar de tan conspicua autoridad administrativa. Esto te acercaba a la poesía, a los sonetos. Con mayor razón gracias a aquel afoso catalajo que te permitía oír las vesedades del Pacífico, posiblemente en procura de Drakeo Bartolomé Sharpe.

Pablo hizo bien al empujarte a lanzar ese pequeño volumen de sonetos que él ilustra. Habías culminado tu carrera de empleado público y, jubinado en años y paciencia, regresabas a tu poesía, a la compañía de Neruda, a la tarea alucinante de ayudar al vaso a pasar en limpio los originales que él escribía con inconfundible letra y fina verde. Los sonetos produjeron el encanto de los amigos, la sorpresa de los que te desconocían y el deslumbramiento de los críticos. En verdad nada tenías de administrador de Correos; eras poeta, puro y cristino poeta. También amigo transparente, leal, abnegado. Amigo de Pablo, amigo mío; delicado amigo de la amistad con amigos.

De facilitaste las memorias de Neruda y te meriste antes que te las devolviera. Nada supe. Hasta para morir puse sobriedad, silencio, mesura. Tu muerte es la culminación de la armonía de tus días. Proyectabas escribir las experiencias junto al autor del "Canto General" y cambiábamos ideas, trocábamos antecedentes, con visitas de tu parte a colaborar en mis planes literarios. Vestías a ser el único, indimentable testigo de mi amistad con Neruda, y, lo que es mucho más importante, de mis charlas con él sobre actualidad política.

La explicación de tanta sorprendente situación que se presentó en el suceso chileno, especialmente en los sectores de avanzada, podría encontrarse en esas charlas. Es probable que por razones de tóxicas del instante, tanto tú como yo fuésemos aventados de las memorias de nuestro amigo. No importa. El odio, la otusación, el trago, están lejos; queda la esperanza de las gentes. Los poetas y luchadores entienden que el pueblo y su libertad constituyen la razón del canto, el viento de las banderas. Antes o después, se hará presente el amor, el puro amor para continuar combatiendo por las causas nobles, creando, construyendo casas de fragantes maderas, cuyos tabiques desvirtuarán los temporales y prolongarán el alimón de las sílabas.

Te abrazo, Homero, con el abrazo que se reserva para el hombre más honesto que se haya conocido. No tengo poesía para hablar de ti y de Neruda. Me limito a Pablo que mi poesía consiste, a mi manera, en no tener respeto para echar el grano, para blandir aceros contra la mediocridad, y para luchar hasta cuando callo — con sentimientos y presentimientos — por la patria y su cultura. Discrepancias y sinsabores son ínfimos granillos en los solves del cosmos. Nos encontraremos de nuevo allí, Homero, para que compartamos la luz y arrinconemos a las sombras.

Para ser leído en las constelaciones [artículo] Don Balta.

Libros y documentos

AUTORÍA

Castro, Baltazar, 1919-1989

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Para ser leído en las constelaciones [artículo] Don Balta. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile